



Septiembre 19, 1985

José Luis Viramontes Madrid*

7:19 a.m.

De pronto, comenzó todo...

Yo ya había sentido temblores y siempre me habían emocionado, pero estar en un séptimo piso añadía un atractivo extra a toda la situación. Me asomé por la ventana y vi a la gente detenerse y ver hacia arriba. En aquel tiempo los temblores en México no causaban tanto pánico y mucha gente —como yo— incluso podía disfrutarlos. En ese momento, el movimiento era rítmico y hasta divertido.

Recuerdo que ese día no tenía ganas de levantarme. Estaba frente al espejo poniéndome la corbata —una de las tareas cotidianas que me resultaban terriblemente difíciles— y a punto de salir de mi habitación. Aquel día, por un motivo que todavía hoy no entiendo, Manuel¹ estaba profundamente dormido. Compartíamos una de las 60 habitaciones del edificio de 8 pisos de la residencia para médicos del Hospital General de México. Siempre lo había admirado. Alguien que se levanta sin despertador y es capaz de llegar puntual a las sesiones de las 7 de la mañana, merece todo mi respeto —y envidia—. Pero aquel día, Manuel seguía dormido mientras yo me apuraba a salir, invirtiendo así los papeles habituales de nuestra rutina diaria.

Cuando las paredes crujieron y el primer libro cayó al suelo con un ruido estrepitoso, un chispazo de miedo invadió mi cuerpo. Conforme pasaban los segundos y el movimiento se hacía más intenso los nervios empezaron a traicionarme... ¿Ya duró demasiado?, ¿se está haciendo más fuerte? ¿cuál es el

lugar más seguro de esta habitación? Recordaba que había que conservar la calma y ponerse en el dintel de una puerta o debajo de un escritorio. Recorrí rápidamente con la vista la habitación y no encontré un sólo sitio que me inspirara confianza. En ese momento ya los libros caían uno tras otro y había polvo por todos lados... ¿sería polvo o mi imaginación ha trabajado mucho desde entonces?

Realmente ese día no tenía ganas de levantarme. Todavía después de bañarme seguía con esa idea fija en la cabeza. Sabía que me estaban esperando y que finalmente tendría que presentarme, pero...

Todo había estado pasando demasiado rápido. Los últimos días había hecho tantas cosas que ya no estaba seguro de cuánto me faltaba por hacer. La razón era muy simple, en la situación en que me encontraba tenía que aprovechar cada momento de este entrenamiento. Sabía que debería estar agradecido de la oportunidad que tenía y que, sin duda, podía considerarme como un tipo con suerte. Entre más cosas hiciera, mayor sería mi preparación una vez que estuviera solo en la calle teniendo que rascarme con mis propias uñas. Al menos eso era lo que todo el mundo decía.

Desperté a Manolo, quien admirablemente tomó una decisión en una fracción de segundo. Lo recuerdo sentado en la cama, en calzoncillos, aún con los ojos hinchados, propios de quien acaba de levantarse, pero preferiría seguir dormido, volteando a verme, sentir lo que estaba pasando y decir inmediatamente: —tenemos que salir de aquí... ¡Vámonos!— Lo vi incorporarse, abrir la puerta de nuestro cuarto y salir corriendo. En automático, ya sin saber exactamente lo que hacía, lo seguí a través del pasillo.

Puertas abiertas, polvo, mucho polvo, y compañeros residentes tratando de salir, chocando contra las paredes, expresiones de miedo en sus rostros. Seguramente muy parecidas a la que yo tendría.

* Egresado de la Unidad de Neumología (1984-1987), Hospital General de México, OD.

Al enfilarse hacia la escalera, la espalda de Manuel era mi guía. La escalera se encontraba en el centro del pasillo, junto a los elevadores, mientras que nuestra habitación estaba en uno de los extremos. Nunca había sentido que estuviera tan alejada. Un paso antes del primer escalón "algo" pasó. De repente sentí en mi espalda que algo me caía encima. Algo grande, sólido, oscuro. Caí al suelo tratando de cubrirme la cabeza con ambas manos. Entonces la escasa luz que había en el corredor desapareció y la espalda de Manuel se fue con ella.

¿7:20 ...?

Obscuridad... polvo... gritos... miedo.

Recuerdo bien que la noche anterior había estado hasta las dos de la mañana tratando de entender algún concepto de fisiología respiratoria que por algún oscuro motivo no se me daba. A la fecha no recuerdo de qué se trataba, pero sin duda para mí era muy difícil ya que nunca pude entenderlo.

Llegué a pensar antes de bañarme... ¿Y si mejor llego tarde? No era mala idea, además es mucho más fácil trabajar en una buena excusa que en lo que realmente tienes que hacer. Esa era definitivamente una buena idea. Todo lo que tenía que hacer era quitarme la ropa y saltar a mi cama, aún caliente y esperándome. Un valiente no lo habría pensado dos veces...

En ese momento de debilidad, por mi mente cruzó rápidamente la cara de Morales,² con quien había preparado la sesión de esa mañana. No... tenía que salir y estar ahí pasara lo que pasara. La conciencia a veces resulta un fastidio...

El golpe que me tumbó; fue seco, fuerte, contuso. Lo primero que traté de hacer fue incorporarme y seguir corriendo. Imposible, tenía encima de mí, sobre mi espalda, un peso impresionante y el espacio en que me encontraba era tan reducido que no podía moverme ni siquiera un poco. Estaba tirado boca abajo, con mi brazo izquierdo aprisionado entre dos piedras, mi brazo derecho flexionado de manera forzada hacia arriba y atrás, con la mano tocándome la nuca, y mi pierna izquierda flexionada casi hasta el pecho. Estaba atrapado y en una posición muy incómoda, no había nada de luz y realmente no sabía qué había pasado.

Escuchaba gritos, había gente muy lastimada y muy asustada a mí alrededor y yo creía poder reconocer algunas de las voces... Los oía claramente... Gen-

te gritando: ¡¿Alguien puede ayudarme?!... ¡Auxilio!... ¡Estoy muy mal!... ¡Por favor, ayúdenme!...

El edificio era la casa de más de un centenar de "compañeros" residentes y la gran mayoría estaba ahí a esa hora. Todos nos conocíamos unos a otros. Nos veíamos casi a diario en los pasillos, en el comedor o en los pabellones del hospital. Muchas veces veíamos a los mismos pacientes y, en más de una ocasión, comentamos un caso especial o asistimos a una misma sesión.

En medio de la obscuridad y la confusión, la voz de Manuel sonaba muy cercana, inconfundible, fuerte y tranquilizadora. Al principio nos comunicamos sólo para saber cómo estábamos, tratar de entender juntos qué había pasado. Nos revisamos como médicos, mentalmente. ¿Qué te duele? ... ¿Puedes respirar? ... ¿Estás sangrando de algún lado? ... ¿Crees tener algo roto? Afortunadamente, tanto Manuel como yo estábamos más asustados que lastimados.

Después, las preguntas fueron más desesperadas... El miedo y la angustia se hicieron presentes. No sé quién de los dos lo dijo primero... ¿Vamos a morir? ... ¿Nos van a rescatar? ... ¿Escuchas los gritos? ¡Hay gente que se está muriendo! ¡Alguien debe ayudarnos!

Manuel compartía conmigo y con otros dos compañeros una habitación del edificio de la residencia de médicos. Desde que nos conocimos siempre habíamos sido muy buenos amigos. Yo conocía bien a su familia y él conocía bien a la mía. Ya habíamos vivido un año juntos durante el internado en Ciudad Juárez y la verdad habíamos pasado de todo. Nos veíamos como hermanos y en ese momento yo pensaba que ya pocas cosas podían pasarnos que estrecharan aún más nuestra amistad... Al menos eso creía yo...

Empezamos a gritar juntos. Lloramos juntos. Nos consolamos juntos... Y juntos escuchamos cómo poco a poco algunas de las voces a nuestro alrededor se iban apagando. Había compañeros muriendo cerca de nosotros y no podíamos hacer nada. Recuerdo claramente una respiración ruidosa muy cerca de mí. Al principio rítmica y acompañada de un quejido apagado, pero que poco a poco se fue convirtiendo en un estertor grueso, rudo, intermitente, pre-agónico. Yo ya había escuchado pacientes así antes y de hecho los escuché muchas veces después, pero la sensación de aquel ruido en aquel mo-

mento, tan cerca de mí y sin embargo tan lejos... era muy diferente.

La noche anterior, como siempre, había cenado junto con otros compañeros en el comedor de residentes del hospital, hablando de todo, haciendo bromas y manteniendo aún en esos momentos el ambiente de aprendizaje y camaradería que caracteriza esos años y esas circunstancias. En ese edificio pasé muchos de los mejores momentos de mi vida, entre gente con la que compartía una misma filosofía y un mismo objetivo.

Mi brazo derecho y pierna izquierda, que tenía flexionados de manera forzada, comenzaron a hormiguearme. La molestia aumentó hasta ser casi insoportable. Entonces empecé a perder sensibilidad. Fue gradual, primero en la punta de los dedos, luego más arriba, hasta que finalmente ya no sentía nada en todo mi brazo ni en mi pierna. Como médico sabía que la falta de circulación era un riesgo que podía traer consecuencias graves. Sin embargo, al dejar de dolerme, no tardé en olvidarme del asunto. Mi mente estaba ocupada en otras cosas.

Rezar... ésa era una buena opción. Creo que en esos momentos la única opción. Fue triste darme cuenta de que no recordaba ni una oración completa. Siempre había pensado que para "hablar con Dios" era suficiente ser sincero y usar un lenguaje común, pero ya no estaba tan seguro. Intentar hablar con Dios, esperando ser oído, cuando lo necesitas desesperadamente, no te da mucho margen de negociación.

Claro que hice promesas. En silencio, sólo con el pensamiento, me arrepentí de muchas cosas. Quizás más de cosas que no había hecho, habiendo tenido muchas oportunidades, que de actos cometidos. Es cierto, en momentos como ese ves tu vida pasar en un instante, todo lo bueno... todo lo malo... No recordaba haberle hecho mal a nadie... o casi a nadie... por lo menos no con mala intención.

Juré que si salía...

Pensé en mi familia, mi madre, mi padre, mis hermanos. ¿Que estarían haciendo? ¿Estarían bien? ¿Cómo me recordarían? ... ¡Por qué no les dije todo lo que quería decirles! ¡Por qué desperdiqué tantas oportunidades!

¿8:30 ...?

No estoy seguro de cuanto tiempo estuvimos Manuel y yo dándonos ánimos mutuamente, compartiendo el poco valor que nos quedaba. Tomábamos

turno para no caer en la desesperación, para llorar y para ser consolados. Me ayudó mucho que él estuviera ahí... y que estuviera bien.

Entonces, escuchamos un grito diferente.

No era de dolor o de desesperación —como todos los otros que habíamos estado escuchando desde hacía ya mucho rato y que a esas alturas yo prefería hacer como que ya no los oía—. Alguien afuera se había dado cuenta de que estábamos ahí y estaba tratando de ayudarnos.

Nos tranquiliza, nos dice que van a sacarnos. Nos dice su nombre y lo reconocemos. Es un compañero de otra especialidad. Alguien con quien nos cruzamos en los pasillos en más de una ocasión y saludamos apenas. La vida te da lecciones. Tanta gente que te rodea, día a día, tantas oportunidades para decir cosas, para hablar, conversar, conocer, interesarse...

Esa voz fue a partir de ese momento nuestra cuerda salvadora. ¡No te vayas! ¡Sigue hablándonos! ¡Por favor, quédate ahí! ¡Diles que se apuren!

Nunca se lo dije, quizá nunca lo haga, pero él fue nuestro canal a la vida. Él nos rescató desde el momento en que lo escuchamos y a él le debemos el haber salido de la incertidumbre en que nos encontrábamos. Él nos sacó de ese estado mental de confusión y miedo, en donde todo era gris o negro, inundados como estábamos por los pensamientos más pesimistas. Su voz está grabada para siempre en mi memoria, con un sentimiento extraño, un sentimiento de agradecimiento, de miedo, de esperanza. Quisiera olvidarla, pero sé que nunca lo haré.

¿9:30 ...?

Después, todo ocurrió muy rápido..., pero con una lentitud insoportable. Hasta días más tarde comprendí el enorme valor que demostraron nuestros compañeros residentes. Cavando con sus propias manos, haciendo un túnel en mitad de la montaña de escombros para llegar a nosotros. Un túnel en donde apenas entraba una persona. Un túnel que bien podía haber sido la tumba para el valiente que se arrastrara a sacar piedras. Y lo hacían uno tras otro, incansablemente... inconscientemente.

Recuerdo claramente cuando entró la luz del día al reducido espacio en que nos encontrábamos. Recuerdo que mi primer pensamiento fue de sorpresa al ver en el exterior las hojas de un árbol. Desde mi habitación en el séptimo piso normalmente los árboles no se veían. El edificio se había colapsado a menos de la mitad de su altura original y yo no lo había sentido.

El primero en salir fue Manuel. No quería dejarme y tuvieron que asegurarme que vendrían por mí inmediatamente después de que lo sacaran a él. Sólo así aceptó ser rescatado. Cuando salí, me colocaron en una sábana de hospital para bajarme de la montaña y entonces vi las caras de todos mis compañeros y mucha gente que estaba ayudando a sacar sobrevivientes de entre los escombros del edificio. No podía creerlo. La imagen era impresionante, como una película de guerra, una imagen de una sola vez en la vida. Veía muchas caras conocidas, gente que se acercaba a mí y me decía palabras de aliento. Yo creo que me reía... o lloraba. Quizás las dos cosas.

Tuve pesadillas varias noches seguidas. Aún ahora, cuando recuerdo aquellos momentos viene a mí una mezcla de sentimientos muy difícil de describir. Fui afortunado y las pocas lesiones físicas que tuve sanaron en unos meses. La marca psicológica, sin embargo, permanece. Al principio era muy difícil para mí hablar del asunto. Ahora, más de quince años después, hasta lo escribo...

Cuarenta y ocho compañeros murieron en ese edificio. Morales fue uno de ellos...

Morales era mi jefe directo, residente de tercer año de la especialidad, se había convertido en un modelo para mí, aunque imitarlo era una tarea muy difícil. "Moralitos", como le decíamos con cariño, era la imagen misma del estudiante de medicina con un brillante futuro. Inteligente, estudioso,

responsable... En fin, exactamente el compañero ideal de las guardias y las desveladas en el hospital y a quien admiras... sin decirselo nunca.

Ese día murió mucha gente que había apostado todo al futuro. Gente que nos dejó enseñanzas. Gente valiosa que fue alcanzada por el destino antes de tiempo.

En esas dos horas inolvidables aprendí que la vida te da segundas oportunidades... a veces.

*Nunca olvidemos
a nuestros compañeros y amigos...
Nunca olvidemos ese día.*

1. Dr. Manuel Cal y Mayor. Médico Especialista en Radiología.
2. Dr. Eduardo Morales. Residente en Radiología (fallecido en Septiembre 1985).

Dirección para correspondencia:

Dr. José Luis Viramontes Madrid
MSD de México
Av. San Jerónimo 369-piso 9
Col. Tizapán San Ángel,
México, D.F., C.P. 01090
Tel. 5481-9686, Fax 5481-9684
E-mail: jose_viramontes@merck.com